CAPÍTULO PRIMERO.

ideys que caben ca mi sistema, son mias, y me per-

apuntes, duguos a considençacia de mis iecturas,

MOTIVOS DE ESTE LIBRO.

Hav fles ideas nucias. I sie embargo, sobre las

He escrito esta obra en el campo, sin libros, y sin más elementos que mis recuerdos, y unos ligeros apuntes, la mayor parte copias. Por eso el lector tal vez no encuentre una sola idea original. Hallará, sí, muchas ideas buenas, de otros autores; pero encontrará pocas malas, por la razon de que debe haber en él pocas mias. Prefiero lo bueno viejo á lo malo nuevo: en esta parte no me importará que se me aplique el dicho de Lessing á Voltaire: «tiene mucho bueno y mucho nuevo; pero ni lo nuevo es bueno, ni lo bueno nuevo.»

Debo decir además, para dejar completamente tranquila mi conciencia, que he copiado de mis apuntes, hechos á consecuencia de mis lecturas, cuantos parrafos de otros escritores he creido convenientes para mi objeto, sin empedrar el texto con los nombres de los autores. ¿Para qué? Todas las ideas que caben en mi sistema, son mias, y me pertenecen por herencia. La originalidad de un arquitecto consiste en el plan de la obra; los materiales con que levanta el edificio son de todos, y no son de nadie; son piedras que se recogen en los caminos públicos abandonados.

Hay dos ideas nuevas, sin embargo, sobre las cuales llamo la atencion de mis lectores, y son la idea de sustancia, que he procurado simplificar, y el método geométrico de exponerla, que he unilogizado sistemáticamente. Mi deseo hubiera sido poder imitar á Santo Tomás en el modo de pensar, y á Espinosa en la manera de exponer. Estos dos filósofos son la delicia de mis lecturas: el primero por lo honrado y penetrante, y el segundo por lo sintético y lógico.

alo de una cosa . Il cioccará, y os de que la

Además de mi deseo de hacer ver á una persona en cuyo corazon se miran con envidia los ángeles, todo lo que yo creo, y todo lo que no creo, he tenido otros varios motivos para escribir este libro.

Uno de ellos, que confieso casi con rubor, es más de amor propio que de deber literario. Cuando mi entrada en la Academia Española, pronuncié un discurso que algunos leveron con escándalo, y que supongo que la mayor parte no leyeron, sin duda por no escandalizarse. Mi egregio padrino el Marqués de Molins, que se conoce que es más bueno que yo, se me lamentaba un dia de que la prensa critica levese, ó no levese, con tan soberana indiferencia las elucubraciones metafisicas de mi discurso de recepcion; pero yo que creo lo que creo, aunque el mundo crea lo que quiera, me propuse desde entónces contestar à la incredulidad sensual de nuestros analíticos del dia, haciendo una ampliacion del discurso de mi entrada en la Academia, regalándoles el credo metafísico más unificado, más lacónico y más sarcástico, que haya escandalizado jamás los expertos sentidos de los sabios del hecho, y de los adoradores del fenómeno. En esta contra-réplica sólo de una cosa me alegraré, y es de que la contestacion sea digna de la ironía del desden que la ha motivado.

Bien presiento que mi amor propio se ha sentido acaso demasiado; y que en mi réplica tal vez hay más hipocondría de la que una fina urbanidad exige; pero pido perdon al lector, y le ruego que me disimule algunas bruscas salidas, propias de mi idiosincrasia literaria. Este defecto es en mi irremediable, pues además de que por temperamento me causan repulsion todos los estilos que no son calenturientos, tengo la conviccion de que no puede haber verdaderas creencias sin un poquito de fiebre.

III.

Y continuando en la exposicion de los motivos personales que he tenido para escribir esta obra, añadiré que en las polémicas que se suscitaron cuando la publicacion del *Personalismo*, algunos críticos como los señores Sanz del Rio, Canalejas,

Alzugaray, Rayon, Morayta y otros, me echaron en cara, y acaso no sin razon, que he tratado muy someramente su parte ontológica; sin advertir que en aquellos apuntes he tendido principalmente á dar soluciones político-morales, en vez de escribir, como ahora, un libro de metafísica. Añádase á esto que cuando esta obra se hallaba aún casi en proyecto, mi querido amigo D. Francisco Giner y Rios Rosas tuvo la benevolencia de anunciarla en uno de los periódicos que ilustra con su colaboracion, creándome por su aficion à mis escritos un compromiso con el público; y con esto el lector queda iniciado ya en los motivos personales que me han obligado à escribir este libro, motivos todos que à él le importarán muy poco, pero que, añadidos á los motivos científicos que iré exponiendo sumariamente, estoy seguro que hasta al más indiferente lector acabarán por importarle mucho.

Así pues, como empecé à decir, en mi discurso de recepcion en la Academia de la lengua me propuse probar que el pensamiento es, y es de cierta manera, y que esta cierta manera de ser hace que el pensamiento tenga una expresion tan natural, tan inevitable, tan fundamental como el pensamiento mismo. Esta verdad trivial de que los idiomas son unas eflorescencias de las razas, de que la palabra

vegeta de la raiz del espíritu como la flor del árbol, hizo recaer sobre mí la risa de unos, el desden de otros, y la extrañeza de muchos. La mayor parte, para disculpar su ininteligencia en el asunto, celebraban mi originalidad, y parte de ese público, al cual ciertos manufactureros científicos no le enseñan á tener más que retazos de ideas, sin acostumbrarle á pensar que todas las ideas son infinitas, que hasta el efecto más fútil tiene una causa suprema, no del todo mal avenido con mis rarezas, leyó mi discurso de recepcion haciendo visajes de incredulidad, y escarneciéndome alegremente como á una especie de loco de la ontologia.

Desde entónces me propuse aceptar el martirio por completo, y por eso voy á probar á los incrédulos de la metafísica, desafiando sus oleadas de desden y sus tumultos escéptico-materialistas, que toda verdad, por insignificante que parezca, forma parte y depende de otra verdad superior; que un hecho es el último eslabon de la cadena que une lo intelectual con lo sensible; que entre la piedra que cae, y la ley de absoluta certeza á que obedece cayendo, no hay solucion de continuidad, pues lo finito siempre tiene efecto con relacion necesaria á lo infinito: que cualquiera cosa real puede ser ó dejar de ser, pero que el dechado ideal, el ejemplar,

el tipo absoluto à que toda cosa se refiere, no puede dejar de existir, porque su existencia es de absoluta necesidad.

on deliberar and maker IV. on the sendigical where

Emprendamos por fin la batalla contra las dos entidades sociales y filosóficas más presumidas, más poderosas y más tontas que han existido jamás sobre la haz de la tierra, que son los moralizadores progresistas, y los psicólogos revolucionarios.

En metafísica y en religion no hay progreso posible, porque lo perfecto es eterno, con eternidad anterior y posterior, como el origen de que procede. Por mucho que pese à la turba multa de los físicos y de los estadistas, no voy à adular esa balumba de dudas sistemáticas, de descubrimientos empiricos y de racionalismos irracionales, que se suelen llamar espíritu moderno; al contrario, este libro, entre otras vejeces, pretende resucitar las antiguallas reveladas al viejo monte Sinaí.

Quiero que algun espíritu franco interrumpa el coro de adulaciones con el cual tan bajamente se inciensa á nuestra época, época no exenta ciertamente de algunas grandezas, pero época dejada de la mano de Dios, si una regla metafisica segura no viene á poner término á tantas perturbaciones morales. Esta regla no la pueden dar los gobiernos, tan necios comunmente como los pueblos que dirigen y las épocas en que mandan. Este remedio no puede venir de la política, porque es inepta; ni de la religion, porque se la supone interesada, y á ella que es la atacada, es la que hay precision de defender. En todos los naufragios morales y políticos no hay más tabla de salvacion que la metafisica. Esclarecer las ideas es poner en órden el mundo.

¡Los moralizadores progresistas!

Confieso que entre todos los representantes del espíritu moderno, los más encopetados son los que me parecen los más despreciables. Si á la mayor parte de nuestros hombres de estado se les preguntase cuál es la base especulativa de su moral práctica, empezarian por no entender la pregunta. Casi todos creen, como Nizolio, que la filosofía no es más que una gramática bien hecha, y que la metafísica es indigna de figurar entre las artes y las ciencias. Todos estos Nizolios de quienes hablo, estoy seguro que juzgarán que mi cabeza se halla en estado patológico, cuando vean que en este libro les quiero probar que lo que más realmente existe

es lo que à su parecer no existe, que son las leyes abstractas de las ideas. ¡Cuántos dengues harán, sólo al leer el título de este libro, ciertos mandarines chinescos, ciegos directores del movimiento social, que gobiernan los pueblos más con el instinto que con el talento, y que eluden las dificultades de los primeros problemas de los conocimientos humanos, encerrándose en un silencio misterioso, como si fuesen unos augures mudos, ó bien contentándose con apariencias groseras de saber que serian apenas suficientes para satisfacer la curiosidad de sus cocineros y sus lacayos!

¡Los psicólogos revolucionarios!

Todas las pasquinadas contra la autoridad, todas esas religiones protestantes que duran lo que deben, porque no duran nada, todas esas especulaciones científicas que tienen la duda por principio, la crítica como medio, y como fin la nada, son todas hijas de la infirmeza de creencias filosóficas de Descartes, que juzgándose espiritualista, decia que las verdades absolutas de todo género dependen del libre albedrio, de la voluntad divina. ¡Contradiccion!; Absurdo! Toda verdad absoluta es una irradiacion de la esencia de Dios, y Dios no puede contradecirse: el todo será mayor que la parte, la justicia siempre será un bien, todo efecto supondrá

eternamente una causa; y aunque Descartes haya concedido á Dios la facultad de que esto no seria así, si él no hubiese querido que fuese, esta concesion es una de las muchas inconsecuencias de Descartes, pues las verdades metafísicas son necesarias, eternas y consubstanciales con Dios.

V.

El espíritu moderno, exceptuando lo que hay en él de tradicional y respetable, se ha convertido en el jimio de Descartes, pues le imita en todas sus dudas y saltos mortales, siendo como él escéptico en sus puntos de partida, revolucionario en sus principios, hostil á la autoridad, materialista en sus actos, y espiritualista en sus vanidades político-literarias. Tal vez será por lo limitado de mi inteligencia; pero no comprendo cómo un filósofo tan superficial como Descartes ha impreso unas huellas tan profundas en la roca de granito de la opinion pública. La gimnasia intelectual creada por el genio de Aristóteles ha podido alguna vez parecer ridícula; pero la oxidacion moral que ha producido en las almas la

duda metódica, las ha hecho caer desalentadas en el método de la duda. Hasta obispos tan sabios como Bossuet, del cual creo como De Maistre «que si no se arrepintió murió herético» no tuvieron inconveniente en su tiempo en apoyar en los principios Cartesianos los fundamentos de sus convicciones cristianas. Lo que prueba que esa opinion que en todas las épocas se llama espíritu moderno, es una atmósfera que arrastra á las más perspicuas inteligencias hasta á ser cómplices del espíritu de Satanàs. Lo repito: este espíritu moderno es tan mono del espíritu de Descartes, que lo mismo lo imita en la inconsistencia de sus principios, que en la vaguedad de sus consecuencias. Por ejemplo: afirma Descartes que las ideas generales proceden de la contemplacion de los objetos físicos, y se desarrollan Hobbes, Gasendi, Locke, Condillac y Tracy, hasta dar fin en el naturalista revolucionario Brissot, que decia: si el lobo tiene derecho á devorar al carnero, el hombre ; no tendria derecho á devorar á sus semejantes para sus apetitos? Asegura en otra parte Descartes que las ideas generales no existen más que en el momento de su percepcion; y se esparce por el mundo desde él hasta Kant, desde Kant hasta hoy, una plaga de idealistas que suprimen al Dios ontológico para suplantarlo con un Dios psicológico